

El río no merece tal nombre. Se trata de un minúsculo torrente de aguas saltarinas, estrecho y retorcido como el recuerdo de una traición. No hay ningún lugar donde verse reflejado. Desanimado, me siento sobre una roca redondeada. Está fría y húmeda.

No se en que época del año estoy. Quizá el aire nocturno podría llegar a aterir mi cuerpo lentamente hasta causarme la muerte. Nada me resulta familiar en el bosque, ni los árboles, ni las plantas, ni las voces de los pájaros que me advierten de peligros que no alcanzo a comprender. No hay ninguna huella de civilización. Podría haber animales peligrosos. Trato de poner orden en mis pensamientos. No tengo ni idea de cómo he llegado al lugar en el que me encuentro, pero algo me dice que las circunstancias no son agradables. Tengo que intentar escapar. Si no salgo de aquí cuanto antes estoy seguro de que me voy a arrepentir, tan seguro como que me llamo Andrés.

Andrés.

Me llamo Andrés. Me duele el costado. Ese nombre no me dice nada nuevo. Nada se engrana sobre es recuerdo. Quizá ni siquiera es mi verdadero nombre. Creo que si intentase hablar, las palabras no saldrían de mi boca. Pienso con fluidez, pero no sabría decir el nombre del idioma que utilizo. Ni siquiera se si para pensar utilizo palabras o ideas, elementos que se articulan mediante relaciones invisibles con el mundo material y con el mundo de las ideas. Quizá deba ir en dirección contraria,

aunque el terreno me empuje hacia abajo, quizá debo ir monte arriba. Estoy casi seguro de que no llegué aquí caminando. Quizá iba en avión y me he salvado de un terrible accidente. Si voy hacia arriba encontraré la solución.

Me levanto de la piedra. La maldita pierna me duele cada vez más. El pantalón se me pega a la pierna con la humedad. La piedra debía estar empapada. Quizá vivo por aquí cerca pero estoy más loco que un zumo de pomelo y por eso no lo recuerdo. Quizá nunca salga de este bosque. Estoy perdido. Ojalá oyese la voz de mi madre llamándome a comer, salvándome de esta angustia con sus mimos y su comida deliciosa. No se que edad tengo, pero todavía soy joven. No me veo la cara, pero mis miembros parecen ágiles y relativamente fuertes, aunque me cuesta andar. Pero es por el dolor. Si no tuviese dolor escalaría estas laderas empinadas como un corzo. Sin embargo creo que todos tendemos a sentirnos más jóvenes de lo que en realidad somos. Quizá ya no soy tan joven. Dicen que los viejos siguen creyendo ser la misma persona que han sido siempre, incluso un minuto antes de morir siguen siendo ellos mismos, aquellos chicos inquietos que descubrieron un día ya muy lejano que no eran parte de su madre, que podían moverse a su antojo por el mundo, o al menos por aquella enorme habitación.

Me cuesta mucho avanzar. Las laderas son muy empinadas y resbalo constantemente. No llevo calzado adecuado. Me detengo para recuperar el aliento. Oigo algo que parece música. No puede ser. Me duele la cabeza.

Afino el oído. La música se desvanece. Habrá sido una alucinación. No soy capaz de centrarme. Quizá todo esto no es más que un sueño. Tiene todos los ingredientes de un sueño. Soy yo, pero no se quien soy. Avanzo y busco sin encontrar nada porque ni siquiera se lo que ando buscando y cuando llego a una meta ya tengo otra diferente. Sólo es una pesadilla. Voy a darme una bofetada.

Nada.

Sólo más dolor. Otra bofetada. Sangre en la nariz.

La música vuelve a empezar. Ahora estoy seguro. Sigo subiendo. Tengo que avanzar a gatas porque el terreno es tan empinado y agreste que si no utilizo brazos y piernas terminaría cayéndome. Hay tantos árboles que apenas puedo ver unos pocos metros ante mí. El follaje y la inclinación no permiten mirar lejos. Pero la música avanza sin dificultad. Ahora estoy seguro. Es Lou Reed. Lo se porque tengo ese disco. Está grabado en directo en la Arena de Verona. Me gusta llevarlo cuando voy de viaje. Estoy viajando por las montañas Rocosas. Estoy en el estado de Montana. Pero no soy de aquí. Me llamo Andrés y tengo una agencia de viajes. Intento recordar algo más, pero no sirve de nada. Esos engranajes que imaginé no deben existir.

Un sonido de motor se acerca. Muy por encima de mi, montaña arriba. Ahora puedo escuchar el ruido de las ruedas contra el asfalto. Enseguida vuelve a alejarse tan rápido como ha venido. Empiezo a correr monte arriba,

aún a riesgo de resbalar y caer de nuevo hasta el fondo del valle, pero el corazón me detiene. Parece a punto de explotar, parece a punto de salirse por la boca. Tengo que parar otra vez. Me tiemblan las piernas. Tengo cuarenta y cuatro años y este bosque es tan real como yo mismo. No es una metáfora sobre la adolescencia, no es el trasunto de una situación difícil a la que tengo que enfrentarme y no se como hacerlo. Es un bosque frondoso y oscuro en las montañas de Montana. Después de respirar profundamente me decido a seguir subiendo. El pantalón parece cada vez más mojado. Al tocarlo veo que la mano se ha manchado de sangre. Debo tener una herida. Por eso me duele tanto. Detrás de mi escucho un ruido. Hay un crujir de ramas y un arbusto se mueve. Será un depredador que ha olfateado mi sangre. Busco con la mirada un lugar donde esconderme, pero solo hay árboles. No se si podría subir a un árbol. Creo que los osos si pueden subir a los árboles. Estoy temblando. En Montana hay grandes osos pardos. Les llaman Grizzlies. Pero si fuese un oso no se escondería de mí. Un oso no me tendría miedo. Si eso que oí moverse fuese un oso yo ya estaría muerto.

Voy a seguir subiendo. La música suena cada vez más cercana. Waves of fear. Parece una premonición, un destino forjado por un olimpo de dioses crueles y vengativos. Hay una mujer hermosa colgando cabeza a abajo sobre un arbusto. Conozco a esa mujer. Estoy a punto de perder el control. Esa mujer es la mía. Consigo acercarme y tocarla. No tiene pulso, pero todavía está caliente. Ha muerto hace muy poco. Ahora recuerdo la discusión. Habíamos decidido hacer este viaje porque

nuestros trabajos no nos dejaban tiempo para nosotros. Necesitábamos estas vacaciones más que el respirar. Pero no hacíamos más que discutir por todo. Ahora recuerdo la discusión. Empezó porque ella quería sacar el disco de Lou Reed para poner uno de Albert Plá. Una discusión absurda, como todas. Pero yo perdí el control. Gritaba más que ella. Dije que me iba, que ya no aguantaba más. Que se quedase con el niño. Entonces apareció un alce en medio de la carretera y ella debió de perder el control. Lo siguiente que recuerdo es el cielo rojo diciéndome que abriese los ojos.

Estaba dispuesto a dejarla y ahora no puedo soportar la idea de verla muerta. No se que voy a hacer. Ya no tengo ninguna razón para seguir peleando con una vida que se hace cada vez más aburrida. Odio a la gente que dice que con los años se gana en serenidad, en conocimiento, que la madurez es la mejor etapa de la vida. La madurez no es más que la decadencia y sin ella ya no quiero. Me dejo caer junto al arbusto sobre el que yace mi mujer. No pienso moverme de aquí. Que se vaya todo a la mierda.

Se acaba la canción. Empieza otra. El coche. Nos salimos de la carretera y caímos en este bosque. El coche tiene que estar aquí mismo. Salimos volando y caímos sobre los árboles. El niño. El niño venía con nosotros.

Me pongo en pie de un salto. Sigo subiendo sin apenas aliento. Enseguida descubro el coche enganchado en un árbol. Cuelga como una enorme fruta abollada y

humeante. De lado. Quien sabe las vueltas de campana que habrá dado antes de encajarse en el árbol. Me mareo. La mano está llena de sangre. Salto hasta alcanzar una rama y resbalo. Me he arrancado toda la piel del brazo, pero no siento nada. Ya no me duelen los golpes, ni siquiera me duele la pierna. Sólo me duele el estómago. Vuelvo a intentar trepar al árbol. Es un árbol enorme y el coche está atorado entre las ramas más gruesas, junto al tronco. Consigo encaramarme. Hay una rama que sube hasta la altura de una ventanilla abierta. Tiro de mi, gritando, tratando de sacar energía de mi desesperación. Consigo acercarme destrozándome las uñas y la piel de los brazos. Me veo en el espejo retrovisor. Andrés. Efectivamente ese tipo aterrado soy yo. Llego hasta la ventanilla y entro en el coche. El niño está dentro. Parece acurrucado en una cuna, pero una pierna girada en una posición extraña delata la verdad de lo ocurrido. El niño no está acurrucado en su nido. Ha quedado así después de golpearse contra el coche, al caer por el precipicio. Mi hijo Miguel. Ahora que la he perdido, toda mi vida vuelve a mí. Podría recordar cada segundo que pasé con él. Ya no oigo la música, ni las voces de los pájaros. Ni siquiera oigo el viento que se escapa para no contemplar este desastre. Ya no puedo ni gritar. El aire no entra ni sale en mí. Soy un cuerpo muerto que, como el de mi mujer, todavía permanece caliente.

Abrazo a mi hijo.

–Papá –dice.

No puedo contestar. La alegría es tan grande que el corazón galopa todavía más rápidamente que cuando subía

ladera arriba. Ahora si, el aire entra y sale de mi pecho como si una locomotora de vapor me prestase su fuerza.

–¿Dónde está mamá?

No se que decirle. Lo abrazo más fuerte, respiro entrecortadamente.

–¿Es verdad que nos vas a dejar?

–No, nunca te voy a dejar. Nunca.